HEROES DE LAS CARRETERAS

EL CUERPO DE TREN DE LA DIVISION

Junto a los soldados que componen la División 25, esa unidad mil veces gloriosa que tantos éxitos obtuvo en Belchite, Puebla de Alborón, Monte Sillero, etcétera, etc., hay un grupo de valientes, soldados también, que contribuyen con su pericia y su arrojo al éxito rotundo de las operaciones que se verifican a diario en el frente de Zaragoza. Son los que constituyen el Cuerpo de Tren

quienes en todo momento llevan a cabo acciones heroicas con un espíritu admirable, y cuya importancia es tal que sin ellos no podría darse en la guerra, ni un sólo paso seguro.

Recorren estos hombres las intransitables carreteras de vanguardia, agujereadas por numerosos proyectiles; cruzan la zona de fuego, marchan por caminos absurdos, abiertos en las montañas quebradas, y sin disfrutar apenas, están dispuestos en todo instante a llevar a cabo sus arriesgados servicios, que les cuestan en muchas ocasiones un tributo de sangre que tiñe de rojo las rutas del frente. Muchas veces los contemplamos en la línea de fuego y sentimos hacia ellos la admiración que produce su abnegación y heroísmo.

EN LA «TRIBU» DE MOLINS

Constituyen los muchachos que forman el Cuerpo de Tren de la División 25, lo que humorísticamente se llama en estos sectores avanzados, la «tribu» de Molins. La figura de este comisario, sereno, valiente, activo y simpático, es algo típico, característico, en la zona que guarnece la gloriosa División. Su preocupación continua, obsesionante, es adaptar los vehículos que circulaban antes por bien pavimentadas carreteras, a los caminos quebrados y pedregosos del frente de lucha. Molins lo va consiguiendo a fuerza de desvelos sin cuento, y resulta gracioso contemplar los automóviles de elegantes líneas, trepar por las montañas, perfectamente acamorfizados, adaptada su estructura débil a la resistencia que se precisa en el terreno duro y quebrado en donde se asientan las trincheras populares sobre la llanura de la capital aragonesa. Agrupados en torno al incansable Molins, los soldados del Cuerpo de Tren acampan en cualquier parte e instalan allí, despreciando los inconvenientes que presenta la especial configuración del campo, los talleres de reparaciones donde son atendidos cuidadosamente los averiados vehículos. Se distribuyen, además, por los diversos sectores de la zona de guerra y en los puntos más insospechados se encuentra esa especie de enfermería para los automóviles

REPARANDO UN CAMION EN LAS INMEDIACIONES DE LAS AVANZADILLAS

donde con gran rapidez se atiende a la buena marcha del imprescindible transporte. Tienen estos talleres, improvisados en las inmediaciones de las trincheras, algo de caballeriza de plaza de toros, donde se reparan con inverosímil solicitud y acierto los caballos heridos de los picadores.

LOS CONDUCTORES DE CISTERNAS

No hay palabras que expresen, en el grado que merece, la obra que realizan día tras día, con un tesón ejemplar y una resistencia admirable, los heroicos conductores de cisternas. En el frente de Aragón y, sobre todo, en estos secos sectores del frente zaragozano, se plantea un difícil problema, cuya solución produce desvelos incontables. Se trata de las dificultades con que se tropieza para abastecer de agua la línea de fuego, y, muy especialmente, cuando se plantean combates de envergadura.

Hay que recurrir, para cubrir necesidad tan imperiosa, a los coches cisternas que continuamente circulan por los puestos avanzados llevando el precioso líquido para calmar la sed abrasadora de los soldados que luchan por la libertad. Naturalmente, los conductores de tales vehículos, atraviesan peligros sin cuento, pero los desprecian con abnegación ejemplar y la misión difícil e imprescindible se cumple perfectamente con precisión matemática. Los soldados calman su sed en las salvadoras cisternas y sus heroicos conductores sonríen satisfechos y se consideran bien compensados por su duro trabajo al recibir las pruebas de gratitud y cariño que les tributan a cada paso los soldados del pueblo.

TALLERES AL AIRE LIBRE

Merecen también un sincero elogio los mecánicos del Cuerpo de Tren, que comparten con los conductores y con la totalidad de los soldados populares las penalidades duras de la larga campaña. Instalados, como antes dijimos, en cualquier rincón de la zona de fuego, realizan, con la tenacidad y el acierto de inteligentes robinsones, las composturas más difíciles y complicadas. Las averías más difíciles de reparar, con sencillez extraordinaria, son arregladas por estos mecánicos, cuyo trabajo intenso tantos beneficios produce en la marcha vertiginosa de la guerra.

Trozos de automóviles inservibles, hierros rotos, que se dijeran chatarra inútil, son aprovechados y sirven para dotar a los vehículos destrozados de lo imprescindible para continuar su servicio importante. Salen de estos talleres coches reparados con piezas absurdas, los cuales, a pesar de su apariencia desastrosa, cumplen su cometido como si estuviesen salidos por un profundo espíritu constructivo y revolucionario. De un modo especial aquellos vehículos lesionados por la metralla enemiga, quienes, en un deseo ferviente de servir a la causa popular, marchan flamantes y enérgicos, a pesar de haber recibido en sus entrañas los duros azotes de las bombas fascistas.

ANECDOTA DEL CONDUCTOR HEROICO

Llevaba un muchacho perteneciente al Cuerpo de Tren de la División 25, una cisterna de agua con destino a las avanzadillas. Se combatía en el monte Sillero, y los naturales valvenes de las líneas hicieron que el conductor se confundiese, y cuando menos lo pensaba se encontró rodeado de un grupo de moros en una trinchera facciosa.

—¡Date preso, cpaisa!

El conductor, con la misma serenidad que emplea al conducir el vehículo por caminos y vericuetos, alzó la voz enérgicamente y, dueño de la situación, apostrofó a los marroquíes.

—¡Idiotas! ¿No véis qué soy de Falange?

No le molestaron los marroquíes hasta que la cisterna, con prodigiosa agilidad, volvió grupas rápidamente. Al poco rato los soldados de una posición leal llenaban las cantimploras en los orificios que en la cuba enorme habían abierto los proyectiles extranjeros.

SAMUEL DEL PARDO

MOLINS, COMISARIO DEL CUERPO DE TREN

Hablamos con nuestro compañero SIMON RADOWITSKY

El vengador del proletariado argentino, combate en el frente de Aragón

Simón Radowitzky, aquel audaz muchacho de diez y nueve años, que hace 28 años tuvo el coraje de eliminar a un torturador de la clase obrera argentina; aquel joven proletario que harto de ver con sus propios ojos los espantosos sufrimientos a que eran sometidos sus hermanos de clase por un degenerado moral erigido en árbitro de los procedimientos policíacos burgueses, arrebatado por la llama sacra de la suprema rebeldía, recurriera al homicidio para hacer justicia, hoy, al abrirse la puerta de su celda carcelaria después de 20 años de reclusión, toma el camino de España y al lado de sus iguales, los trabajadores españoles, como un miliciano más, lucha, fusil en mano, en el frente de Aragón.

Lo vemos aparecer en nuestra redacción de TIERRA Y LIBERTAD con su uniforme reglamentario de soldado raso. Se nos abren los brazos y en un ímpetu de alegría y emoción lo apretamos contra nuestro corazón.

Lo miramos con los ojos cargados de cariño.

Está flaco, muy flaco. Sale del hospital después de veinte días de fiebre. Ha cogido el paludismo allá en la trinchera. Su organismo, recio y vigoroso, que ha bebido a destajo sol y aire después de tanto encierro, no quiere resignarse a un minuto de sombra.

En seguida lo acosamos a preguntas. Y él, feliz de haber renacido cuando más falta hacen los revolucionarios para llevar a la victoria al pueblo ibérico, pacientemente va contestando.

—Hoy te quedas con nosotros, ¿verdad?

—No, no. Saldré esta tarde para el frente.

—Pero si has salido esta mañana del hospital, estarás muy débil.

—No importa. El primer deber del soldado del ejército revolucionario es la disciplina, y yo he recibido orden de partir. La primera obligación del militante es cumplir los acuerdos de su organización y nuestra organización ha resuelto aniquilar al fascismo. Mi puesto está, pues, en el frente.

—Bueno, dinos algo de los compañeros de allá. ¿Qué estado de ánimo reina entre los combatientes?

—Excelente. Un gran optimismo. Lo que más les disgusta es permanecer inactivos. Ansían el combate. Según he presenciado en varias operaciones, el alto mando nota la mayor eficacia de nuestra gente. Es natural. Nuestros hombres saben por qué luchan y lo hacen con ímpetu y valentía sin parangón. Además reina entre ellos una moral extraordinaria, nacida de la seguridad que tienen de ganar la guerra. Y tienen razón.

—¿Qué opinas de la marcha de los acontecimientos?

—Soy sinceramente optimista. A pesar de todo lo que se diga, las conquistas revolucionarias no sólo se salvarán sino que podrán fortificarse y engrandecerse. Hoy aparentemente parecen peligrar. No se ha hecho más por causa de la guerra.

—¿Qué se dice en las trincheras de la unidad antifascista?

—Nos invade una gran satisfacción cuando tenemos noticias de que en alguna parte se ha formado el Frente Antifascista; y más todavía cuando sabemos que los trabajos tendentes a su realización en el plano nacional progresan. En las trincheras la unidad está hecha desde el principio. Nos ayudamos los unos a los otros y nos respetamos sin preguntarnos de qué partido u organización sindical es nuestro carnet. El objetivo de todos es ganar la guerra para construir la nueva España. Practicamos la más noble solidaridad y tolerancia.

—¿Es muy difícil la vida de trinchera?

—Naturalmente. Pero la sobrellevamos con ánimo por la causa. En los momentos de tregua, tratamos de realizar en la medida de nuestras posibilidades la mayor obra revolucionaria posible. Lo primero, aprender a leer y escribir. Tenemos una escuela y los que saben más enseñan a los otros. Sacamos también un diario mural. Todo bajo tierra, desde luego.

—¿Qué opinas de la militarización?

—Esta no es una guerra civil. Es una guerra tremenda, cruel, contra el fascismo internacional. A los ejércitos férreamente disciplinados de los invasores, con sus tanques, su artillería poderosa y sus aviones, tenemos que oponer otro ejército con los mismos elementos de combate. Un ejército también disciplinado. Pero no se trata, para nosotros, de la clásica disciplina de cuadrarse ante el jefe, sino del sentido estricto de la responsabilidad de cada uno manifestada rigurosamente a través de todos los actos; lo cual es en absoluto imprescindible para coordinar las voluntades y la acción y hacer más eficaces los esfuerzos. No es la antigua disciplina cuartelera que ahoga y anula; es, sencillamente, orden y responsabilidad.

—Dicen los periódicos fascistas que continuamente se producen casos de deserción en nuestras filas. ¿Es verdad?

—Eso y lo de la toma de Madrid... Cosas de fascistas. En nuestra División no ha habido un sólo caso de deserción, ni de paso al enemigo.

—¿En qué relaciones están los jefes y los soldados?

—Eso lo sabe todo el mundo. Existe mucho compañerismo. El comandante es precisamente eso, un compañero. A la hora de comer, soldados, tenientes y comandantes vamos uno tras otro, en fila, a por el mismo rancho. Sin embargo, se les respeta y acata.

—¿Crees que acabará pronto la guerra?

—Durará, probablemente, todo el invierno.

—¿Qué me cuentas de vuestro cuerpo de dinamiteros?

—¡Oh! Yo... Hacen cosas que sólo viéndolas pueden creerse. Son simplemente formidables.

—¿Qué se comenta de la retaguardia, en el frente?

—Vivimos con un ojo puesto en el enemigo de enfrente y otro fijo aquí. Por sobre todas las cosas, anhelamos ver formado el Frente Antifascista y el aplastamiento definitivo de emboscados y especuladores. Eso nos daría el máximo de tensión para vencer.

—¿Qué te parece que debría hacer inmediatamente el proletariado internacional para ayudar eficazmente a lograr la victoria?

—Boicot y sabotaje a los productos alemanes, italianos y japoneses, pero a los dos primeros con predilección, ya que no se animan a hacer otra cosa más contundente.

Actuación individual y actuación de partido

Conocidos ya los fundamentos de la expulsión del militante del Partido Comunista, Astigarrabia, por las autoridades máximas del mismo, vamos a señalar, para que las cosas queden dentro de la situación verdadera y de la exactitud propicia para delimitar las responsabilidades del caso, la cuestión que originó medida tan enérgica contra el que representara en el Gobierno vasco al partido de la Tercera Internacional.

Las acusaciones formuladas en el Pleno del Comité central del Partido, por José Díaz, su secretario, han sido el primer paso para que sea expulsado quien fué hasta ayer no más representante del mismo Partido. Y la expulsión, para que no quede lugar a dudas sobre la categoría del "contrarrevolucionario", es acompañada con las acostumbradas calificaciones: hablan de traición, de trotsquismo, de sabotage, etc., etc. A nosotros no nos interesa dilucidar el problema individual de esta última víctima de la disciplina partidaria. A su hora hemos dicho lo que el Gobierno vasco era, y toda la Prensa confederal y anarquista señaló el hecho paradójico de que habiendo en Vizcaya fuerzas libertarias en los frentes y a pesar de lo que la C. N. T. representaba, ésta no estaba representada en el Gobierno, cuando la organización confederal participaba en los de Cataluña y España. También dimos a conocer las medidas adoptadas contra nuestros camaradas vascos, entre las cuales se destacó por su elocuencia la maniobra contra el diario "C. N. T. del Norte", como fuera expuesto por el Comité Regional de la Confederación del Norte, con abundancia de detalles.

Si, estamos de acuerdo en cuanto se afirma ahora — no sabemos con qué "objetivo" táctico inmediato — respecto a la categoría del que fuera Gobierno de la región hoy sometida al extranjero y a su lacayo Franco. El sólo hecho de que tuviera una conformación estrictamente política sin la participación de la C. N. T. en los momentos más dramáticos que precedieron a la derrota — esa derrota de la que la Historia ha de hablar algún día — basta para poner en evidencia el carácter del organismo rector de la política vasca. Nosotros, al afirmar esto, no hacemos sino confirmar cuanto dijimos durante el período mismo de la gestión del citado Gobierno. Y si no reproducimos textualmente los conceptos emitidos en nuestra Prensa, es porque tenemos la seguridad de que merecerían el honor del silenciamiento forzoso.

Preguntemos concretamente, para evitar susceptibilidades y malentendidos: ¿En nombre de quien figuraba el afiliado del Partido Comunista, Astigarrabia, que está hoy al margen del mismo por su resolución disciplinaria? Respuesta: en nombre del Partido Comunista.

¿Cuál fué el tiempo que estuvo en el Gobierno el representante del Partido Comunista? No fueron días ni semanas, es decir, tiempo tan limitado que se prestase a una actuación personal en divorcio total con el Partido político que lo eligiera. Durante varios meses, Astigarrabia REPRESENTO EN EL GOBIERNO VASCO AL PARTIDO COMUNISTA.

¿Pudo actuar durante este período como si fuera una individualidad independiente, él, que ante el mundo representaba a un Partido que siempre se ha caracterizado por los métodos de dirección centralizada y el acatamiento a las órdenes y resoluciones emanadas de los organismos directivos? Y más crudamente: ¿Es que el Partido Comunista tuvo que "soportar" a quien lo representaba, para compartir TODAS las responsabilidades del Gobierno con sede en Bilbao?

Para contestarnos, el Partido que se jacta de su disciplina interna y aplica rigurosas medidas contra cualquiera que se atreva a desobedecer, da seguir una "línea" que no sea la oficialmente trazada, no puede decir que su representante burlaba y traicionaba sus disposiciones. Y no lo puede alegar, por dos razones sencillísimas. Primero, porque nadie creería que durante meses el Partido ha estado sordo y ciego hasta el punto de "dejar hacer" a su representante; hasta el punto de esperar que "todo acabara" para echar sobre las espaldas de un individuo todas las maldiciones y culpas de una política que ahora es tachada de contrarrevolucionaria. Segundo, y principalmente, porque el Partido tiene una Prensa y ésta tiene su archivo — que está en muchas partes a disposición de quien quiera verlo —, como lo tiene el propio organismo central que ha dictado su resolución contra su ex afiliado. Y esa Prensa, y los documentos oficiales rubricados por las altas autoridades partidarias, nos dicen con absoluta claridad una cosa, que nadie puede desmentir: QUE EL PARTIDO COMUNISTA ESTUVO DE ACUERDO Y ALABO PUBLICAMENTE LA ACTUACION DEL GOBIERNO VASCO, EN EL QUE SE SENTIA DIGNAMENTE REPRESENTADO.

He aquí donde debemos fijar nuestra mirada para definir responsabilidades. Un Partido, y más cuando se trata del más disciplinado, del que obliga a seguir su "línea" sin desviarse un centímetro de ella, no puede condenar actitudes individuales, señalar traiciones y procedimientos contrarrevolucionarios de quien estuvo meses obrando no en nombre propio sino en el del Partido. Y si acusa, debe reconocer francamente su propia responsabilidad como Partido en los errores, o en lo que fuere, de aquel Gobierno que es hoy calificado como no lo fué durante su vida activa en la región que tan dolorosamente hemos perdido.

Una de dos: o el representante era un incontrolado y el Partido vió con los ojos de él, siendo arrastrado a una política de colaboración con el Gobierno vasco, o el Partido ha obrado mal, y hoy deslinda responsabilidades de una manera que deja ver claro las cosas, acusando a un individuo y cargando a su cuenta todo el fracaso de una política que aceptó como buena mientras se desarrollaba. Fácil es comprender que lo último es lo más probable...

LOS MOTIVOS DE LA EXPULSION DE QUIEN FUE REPRESENTANTE DEL PARTIDO COMUNISTA EN EL GOBIERNO VASCO, ASTIGARRABIA

Según el Comité Central del P.C., el propio Astigarrabia «DECLARA que su lucha contra el Partido la lleva al propio Euzkadi; que realizó una política de compadrazgo; que se convirtió en director del movimiento fraccional que en Euzkadi existía, utilizando la vigilancia policíaca y el terror político contra los camaradas que se atrevían a discrepar de él; que «ha luchado criminalmente contra la Internacional Comunista»; que «se ha calificado a sí mismo como uno de los peores enemigos del pueblo soviético, del comunismo y de la Internacional Comunista; que «ha luchado criminalmente contra la Unión Soviética», y que «con mentalidad de trotskista emboscado», ha calificado de «contrarrevolucionario el pacto franco-soviético»; que no se ha opuesto «A LA POLITICA REACCIONARIA QUE REALIZABA EL GOBIERNO, de franco apoyo a los capitalistas contra las reivindicaciones de los trabajadores y las conquistas de la revolución»; y que «ha seguido una catastrófica actuación como miembro del Gobierno, consistente en supeditar los intereses de las masas y la revolución a la estabilidad del Gobierno».

Todo esto ha hecho el que fué secretario general del Partido Comunista de Euzkadi y consejero del Gobierno vasco, Juan Astigarrabia...

LO QUE UN AÑO HACE OLVIDAR

En nuestro número del 20 de noviembre, dedicado a Durruti, decíamos que en el día del primer aniversario de la muerte del héroe, en toda la Prensa antifascista veríamos ensalzada su figura de luchador ejemplar, cubierto de gloria en los días de julio, en los frentes de Aragón y en Madrid.

Hoy debemos decir que nos hemos equivocado. Reconocemos nuestro error y así lo manifestamos. El día 20 de noviembre de 1937 hubo periódicos en Barcelona que no dieron palabra sobre el hombre que estuvo en los grandes combates de julio y que al frente de los proletarios de las Milicias marchó a libertar Aragón, para ir en los días terribles de Madrid en peligro a dejar la vida en la capital heroica.

¿Comentarios? ¡Para qué...!

Confesamos nuestro error. Nunca supusimos —¡ingenuidad fatal!— que la memoria de algunos partidos y periodistas flaqueara tanto. Y menos en Cataluña. Y menos, menos que en ninguna parte, aquí, en nuestra Barcelona...

Así se escribe la Historia, camaradas. Nosotros que hemos vivido a su lado, que hemos sentido con el pueblo lo que la muerte de Durruti significó para España y la Revolución, ante el homenaje mudo de los señores que el 20 de noviembre ni siquiera se dignaron "cumplir" con unas cuantas líneas, no tenemos nada que decir. Sólo una cosa: el pueblo toma nota. Aunque no lo parezca.

El comentario es éste: el 20 de noviembre de 1937 la amnesia atacó a los que hacen ciertos periódicos de ciertos partidos.

El recuerdo de los crímenes de la hiena fascista nos hace inquebrantables en la pelea ¡HASTA LA VICTORIA!